

André Burgière

LA EDAD MEDIA REENCONTRADA

ENTREVISTA A GEORGES DUBY

Georges Duby es un historiador satisfecho: una carrera sin tropiezos que lo condujo hasta el recinto sagrado de la gloria universitaria, es decir, hasta el Collège de France. Una obra que se construye con un libro tras otro, a la manera de una catedral, con una gran diversidad de temas y una gran unidad de inspiración.

Historiador de las estructuras sociales (como en *Guerriers et Paysans*)¹ pero sobre todo de las estructuras mentales que están en la raíz de nuestros conceptos del mundo, especialmente del poder (como en *Adolescence de la chrétienté occidentale*² y *les Trois Ordres ou l'Imaginaire du féodalisme*),³ puede dar ocasionalmente una clase de historia "documental", como en *le Dimanche de Bouvines*,⁴ brillante "demolición" de un mito nacional. Es reconocido unánimemente entre los historiadores y, como pertenece a l'Ecole des Annales⁵ (que es, con el Renault 5 y el agua de Perrier, uno de nuestros mejores productos de exportación actuales), su reputación y sus libros han trascendido ampliamente nuestras fronteras. Pero este autor es también uno de los raros universitarios que supo llegar al gran público. Su último libro *le Chevalier, la Femme et le Prêtre*⁶ fue un *bestseller*. La Edad Media, es cierto, sigue gozando de éxito comercial; una Edad Media *kitsch*, repleta de barones atormentados por la carne y por la cruz, de bellas damas sin misericordia y de juglares famélicos. Esa Edad Media está ausente de los libros de Georges Duby. El historiador explica a André Burgière en qué es radicalmente diferente su visión del pasado.

—Me aferro a la idea de que el conocimiento de la historia es, en el fondo, indispensable para la comprensión del presente y que ser historiador tiene sentido sólo si se ayuda a sus contemporáneos a comprender mejor los problemas que se le presentan. Soy historiador de la Edad Media central: apenas si me aventuro más acá del siglo X o más allá de fines del siglo XIII; me concentro en este periodo porque creo en la necesidad de considerar a las civilizaciones globalmente y soy lo bastante cauteloso como para trasladar la problemática a una transdiacronía muy larga. Me parece que en este periodo hay suficientes rastros para proceder a una exploración totalizadora de la complejidad de las relaciones sociales. Ahora bien, lo que percibo justamente en las relaciones sociales de esta época es muy esclarecedor con respecto a nuestros tiempos. La Edad Media no es nosotros y por este motivo el público le ha tomado gusto a la historia medieval —que es ocasión para un paseo, para una evasión en lo extraño. Sin embargo, la Edad Media es también, y profundamente, nosotros, y estoy convencido de que lo que se consolidó en Occidente, en Francia, en los siglos XI, XII y XIII,

constituye el esqueleto de nuestras formas de pensamiento, de nuestras conductas y de nuestra visión del mundo.

—Su último libro, *El Caballero, la mujer y el sacerdote*, trata del matrimonio medieval. ¿Acaso es necesario remontarse tan lejos, a los tiempos de los señores feudales, medio soldados, medio cruzados, que nos parecen tan alejados de nuestra sensibilidad, para explorar la herencia mental y las prohibiciones que impregnan nuestros comportamientos más íntimos?

—Estoy convencido, después de haber realizado esta investigación, que las estructuras matrimoniales que vemos desintegrarse ante nuestros ojos, todo ese edificio de costumbres, de preceptos; de ritos que se disgrega, se organizó en el periodo comprendido entre el año mil y fines del siglo XII. En ese momento, se consolidaron realmente las formas del matrimonio europeo y se establecieron costumbres que apenas si se han modificado desde entonces. Evidentemente se llenaron de cosas nuevas debido al movimiento de la historia, pero todas aguantaron, y sólo ahora las vemos desintegrarse. Así, pues, para comprender por qué se desintegran me parece necesario mostrar cómo se integraron. Una tradición, cuyo primer desarrollo valdrá la pena observar algún día con mayor cuidado, una tradición que proviene del fondo de los siglos, de esa oscuridad que precede al periodo en el que trabajo, conducía a los hombres de la aristocracia a elegir a su mujer para permitir que la clase dominante se perpetuara en sus estructuras. Se elegía a la mujer para que el linaje, para que la familia conservara las bases de la dominación. Por consiguiente, la moral exigía que se repudiara a la mujer si no le daba hijos a su marido y especialmente hijos varones que pudieran continuar la estirpe; permitía formas de unión menos legítimas, como el concubinato; reprobaba, en forma muy estricta, el adulterio femenino, porque corría el riesgo de introducir entre los herederos eventuales a hombres que no tuvieran la sangre del jefe de la casa. Esa tradición exigía también casar a todas las hijas pero prohibía casar a más de un hijo para que no se repartiera la herencia. Por último, estimulaba los matrimonios endogámicos, a casarse con las primas, porque esto favorecía la concentración de la riqueza. Existía una moral dinástica que todos los hombres de esta categoría social respetaban, cuyos preceptos obedecían ciegamente, aunque estuvieran muy profundamente imbuidos de cristianismo. Ahora bien: frente a ellos se levantaban los sacerdotes; otra moral, una moral eclesiástica, que tomó cuerpo en esa misma época y que aparece de manera extraordinariamente impositiva porque la Iglesia en ese momento se reformaba para extender su dominio sobre toda la cultura y la sociedad. Y se reformaba exigiendo de to-

dos los miembros del cuerpo eclesiástico —no sólo de los monjes sino de todos los sacerdotes— la pureza, especialmente la sexual, ya que esta pureza constituía un paso más hacia la perfección y, por tanto, hacia la justificación de las prerrogativas que reclamaba la gente de la Iglesia. Si eran más puros que los otros tenían que estar colocados jerárquicamente en la cúspide; tenían el derecho de dominar al resto de la sociedad.

—Su interpretación del amor cortesano es totalmente diferente de la que proponía Denis de Rougemont hace más de veinte años en *l'Amour et l'Occident*. Y, sin embargo, coinciden en una misma visión pesimista del modelo conyugal heredado de la Edad Media.

—El miedo a la mujer me parece ser uno de los componentes esenciales de la mentalidad masculina. Este miedo de ser engañado por su mujer, de no satisfacerla, es verdaderamente fundamental y establece un estado conflictivo en el interior de la pareja. Los caballeros viven el matrimonio como un combate, como una lucha difícil contra un adversario que se oculta. Existe en el seno del hogar un universo cerrado sobre sí mismo, secreto; no se sabe lo que pasa ahí; se sabe que es el sitio donde se preparan los filtros, los sortilegios, toda clase de armas mágicas que las mujeres, en su debilidad, utilizan contra ese adversario que quiere dominarlas, que es su amo, su señor y que las doblega por la fuerza. Por lo tanto, había sin duda considerables tensiones en el interior de la pareja. Estas tensiones aumentaron aún más debido a la predicación eclesiástica, porque en su trabajo de institucionalizar el matrimonio la Iglesia logró hacer de él lo que todavía no era a finales del siglo XII: uno de los siete sacramentos. Pero como la Iglesia profesaba un rechazo visceral a lo carnal, un rechazo al placer, había que proclamar que en el matrimonio la unión sexual debía tener únicamente la procreación como finalidad, y que el placer debía ser anulado a toda costa. Se escuchaba entonces constantemente la sentencia de San Jerónimo: *Un hombre que ama demasiado cálidamente a su esposa es adúltero: hace de ella una prostituta*. Es evidente que la relación conyugal estaba fuertemente marcada por esos dos sentimientos: por una parte, el terror del macho con respecto a ese ser diferente, del que estaba separado incluso por su educación (había en el sistema educativo una división tajante entre lo masculino y femenino) y, por otra parte, ese pesimismo, esa reprobación del placer que la iglesia proclamaba constantemente. En mi opinión, el amor cortesano era esencialmente un juego. Es un juego mundano, un juego de la buena sociedad, un juego de hombres que todo hombre bien nacido tenía derecho a jugar, pero de acuerdo a ciertas reglas que poco a poco se instituyeron en el curso del siglo XII. Todo lo que se dice de una valoración femenina, resultado del desarrollo del amor cortesano, me parece fundado en un malentendido. Ese juego colocaría a la mujer sobre un pedestal, pero en realidad sigue siendo un objeto —el objeto de una competencia que se desarrolla en torno a ella— sólo entre los hombres y todos los poderes que se le otorgan son, de hecho, falaces. Este juego me parece dominado y controlado por el jefe de la sociedad cortesana, el patrón, el señor, que ve en la organización de estas reglas y en esta competencia la forma de controlar a los jóvenes de su círculo, de someterlos y disciplinarlos. Utiliza a la mujer, objeto de su deseo, como una suerte de señuelo para mantenerlos en una situación de subordinación. Pienso también que en el curso del siglo XII las estrategias del amor cortesano se incorporaron

poco a poco a las estrategias matrimoniales. En sus orígenes, el juego cortesano era antimatrimonial, fundamentalmente adúltero, ya que debía jugarse entre tres personajes: el marido, la dama y el “joven”; la regla era que el joven lograra seducir a la dama. Pero parece que las prácticas de seducción se convirtieron progresivamente en fases preliminares del mismo matrimonio y que, según las reglas cortesanas, se hacía la corte a la joven dama que se esperaba tomar como esposa. Me parece que la evolución de la literatura novelesca proporciona la prueba de cómo va deslizándose el amor cortesano dentro del interior mismo del sistema matrimonial.

—En su trío, la mujer nunca tiene la palabra. No es una protagonista: es una mera apuesta. ¿No son descartadas, acaso demasiado fácilmente, aquellas mujeres que tomaron la palabra en esa época, por ejemplo, en la literatura cortesana?

—Yo diría que hay murmullos femeninos ahogados por el coro estruendoso de los hombres. Desde luego, tenemos a Marie de France. Me pregunto lo que se esconde detrás de ese nombre. ¿Otra monja portuguesa? En cuanto a Eloísa, todo nos hace pensar que sus cartas fueron escritas o reescritas por un hombre y que el intercambio de correspondencia con Abelardo está, en realidad, destinada a mostrar las etapas de una ascensión espiritual. Por lo tanto, lo que hizo muy difícil mi investigación sobre estos problemas fue que los testigos son todos más o menos hombres de Iglesia, de una religión que precisamente desprecia lo femenino, y el título que escogí, así como la imagen que está en la cubierta de este libro —donde se ve justamente la mano de una mujer sostenida por un hombre que la coloca sobre la mano de otro hombre— muestra los gestos mismos en que concluye el pacto matrimonial que expresan, en forma evidente, la pasividad absoluta de la mujer. No nos engañemos sobre todos estos artificios de la literatura de evasión que, justamente porque era de evasión, nos presenta a los personajes femeninos investidos de un poder, pero sólo en el terreno del juego, de la gratuidad. Pienso ahora en un libro que sería la prolongación del que acabamos de hablar, consagrado a la historia de la mujer en esa sociedad. Usted sabe: escribir un libro es una gran aventura. Partimos de ideas preconcebidas, estamos obligados a reconocer que algunas de esas ideas son falsas, parcial o totalmente, y que difieren también en cuanto a la interpretación. Espero que muchas de las cosas del primer libro sean destruidas por el segundo, pero me sorprendería mucho asociarme a esa otra corriente contra la que me opuse tajantemente en *La Femme, le Chevalier et le Prêtre*: esa corriente dulzona que nos pinta la condición femenina de esa época con colores demasiado rosas, para concluir demasiado fácilmente que existía efectivamente una mayor valoración de la mujer.

—¿Tuvo usted la impresión, a través de su itinerario de historiador, de haberse acercado o de haberse alejado de una concepción marxista de la historia?

—Lo diré claramente: rechazo todas las etiquetas. Es evidente que la evolución de mi trabajo científico indica que me alejé de un marxismo vulgar, caricaturesco, al evitar dar más importancia a lo económico que a otros asuntos. Pero quiero decir que reconozco mi deuda con el marxismo. No soy de los que repudia esa herencia. Reconozco perfectamente mi

deuda y diría que en el curso de la trayectoria de mi trabajo, la fase decisiva, el momento en que me interesé en otras determinantes, además de las materiales, correspondió al momento en que leí a Althusser con mucha atención. Correspondió, sobre todo, al momento en que leí, con no menos atención, a los etnólogos, especialmente a los "africanistas". La lectura de Claude Meillassoux o de Marc Augé me hicieron ver, de manera muy clara, después de los trabajos de Lévi-Strauss, que las relaciones de poder en el interior del grupo de parentesco podrían ser totalmente decisivas, que estas relaciones de poder se apoyaban sobre bases ideológicas, que la ideología no era el reflejo de la realidad concreta sino que era, al contrario, un proyecto para transformar esta realidad.

—En *les Trois Ordres...* usted titula un capítulo: "*les Contradictions d'un féodalisme*".⁸ Ahora bien, se sabe que los historiadores marxistas de la Edad Media hablan del feudalismo mientras que los otros prefieren hablar de la feudalidad.

—Acuérdese del título: *Las tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*— e introduje allí a sabiendas la palabra "feudalismo", como un llamado y un reto al marxismo tradicional. Tomé prestada voluntariamente esta palabra del vocabulario mar-

xista porque, en mi libro, concebía mi empresa como un ensayo no para ir a contracorriente del marxismo sino al contrario, para prolongarlo, rebasarlo, iniciar otra vertiente. Situé en el interior del concepto de feudalismo, que provenía del vocabulario marxista, mi investigación sobre lo imaginario y sobre el papel de lo imaginario en la evolución de las sociedades humanas. En cuanto a la falla que la Edad Media pudiera abrir en una teoría marxista de la historia, diré primero que en la obra marxista la Edad Media es un punto débil. Ni Marx, ni el mismo Engels, conocían muy bien este periodo; ellos habían estudiado una sociedad mucho más reciente, y el estado en que se encontraba la ciencia histórica de su tiempo no les permitía informarse de manera más adecuada sobre lo que ahora sabemos de la Edad Media. Por otra parte, es evidente que en la civilización medieval el peso económico estaba perfectamente contrabalanceado por el peso religioso y que, por consiguiente, es un terreno particularmente propicio para la observación de los fenómenos que estoy estudiando puesto que están alejados de lo material y que, además, no son ni su producto ni su reflejo. La necesidad de situar estos fenómenos es una obligación que tienen todos los historiadores del periodo medieval.

—Mi pregunta no se desprende necesariamente de la anterior —porque, ya que la izquierda se niega a identificarse automáticamente con el marxismo, ¿por qué el marxismo se identificaría automáticamente con la izquierda?— sino de los vientos que soplan en la actualidad. Desde que la izquierda regresó nuevamente al poder proliferan en Francia los historiadores de izquierda. ¿Se considera usted un historiador de izquierda?

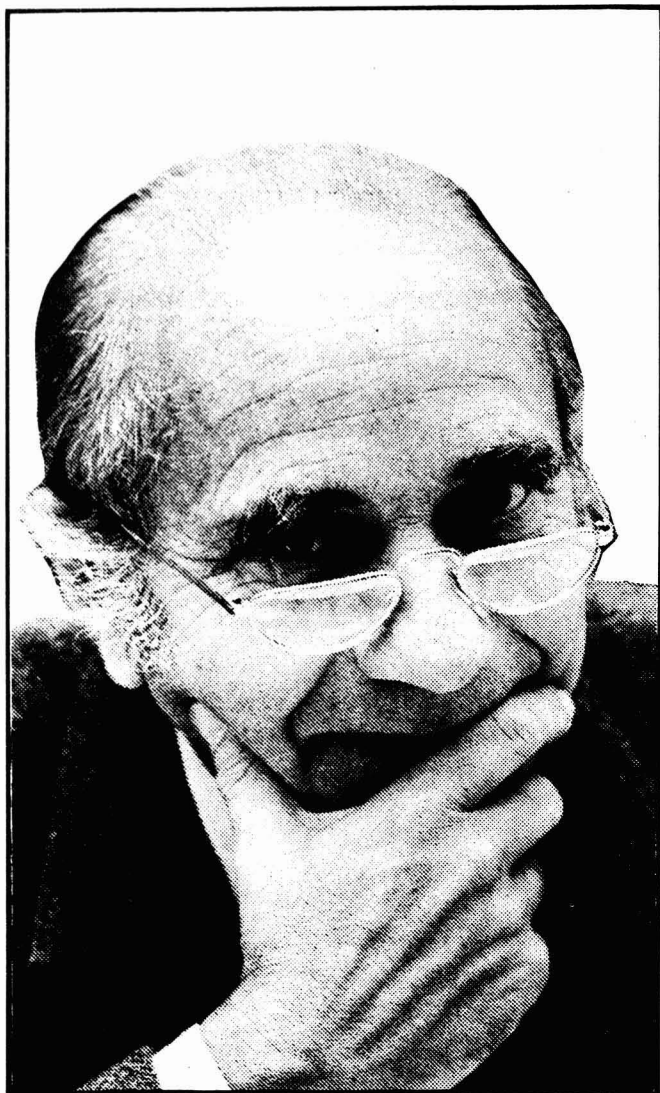
—¡Una vez más las etiquetas! Soy historiador y pienso que el historiador, para desempeñar bien su oficio, debe incluir sus pasiones. Pero este oficio lo vuelve a uno muy cauteloso cuando se trata de hacer alguna clasificación tajante. Hay izquierdas e izquierdas. Para ser clasificado de izquierda, ¿basta con creer en el progreso, en el florecimiento del hombre en la libertad? ¿Se tiene el derecho de llamarse de izquierda cuando, como yo, se vive como burgués y sin ningún deseo de modificar su existencia?

—¿Piensa usted que sus opiniones políticas no le dan responsabilidades personales en su práctica de historiador?

—¡Desde luego que sí! Y regresamos a la pregunta inicial: ¿para qué la historia? Para ayudar a mis contemporáneos en las batallas presentes. Si se trata de volver su espíritu más crítico, de fortificarlos para un combate contra las injusticias, los actos de poder, los embustes, las esclerosis, el apego desmesurado al pasado, los dogmas sobados, entonces, es verdad, trato de persuadirme de que puedo desempeñar un papel y me propongo desempeñarlo.

Notas

1. *Guerreros y campesinos*. Gallimard.
2. *Adolescencia de la cristiandad occidental*. Skira.
3. *Las tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*. Gallimard.
4. *El domingo de Bouvines*. Gallimard.
5. *Escuela de los Anales*.
6. *El caballero, la mujer y el sacerdote*. Hachette.
7. *El amor y Occidente*.
8. "*Las contradicciones del feudalismo*".



Georges Duby

*Mamacita, dame un beso
 Y dale otro a mi papá.
 Hoy es un santo... ¿no es eso?
 ¡Hoy! que alegría me da:
 Hoy es mi santo y de mi papá,
 Hoy es mi santo y de mi papá.*

Manuscrito del que —cabe suponer—
fue el primer poema de Pellicer.

En este mes de febrero se cumple un nuevo aniversario de la muerte de Carlos Pellicer. Como homenaje, publicamos aquí un poema inédito y dos textos en prosa poco o nada conocidos del autor de *Hora de junio*. Agradecemos cordialmente a Carlos Pellicer López su generosa colaboración.

Esta “Balada de Venecia” debió incluirse en el libro *Camino*, publicado en París en 1929. No es extraño que el poeta decidiera no hacerlo, conociendo la gran cantidad de poemas que nunca quiso publicar. Pellicer ejerció una gran auto-crítica, especialmente hasta los años treinta. En *Camino* aparece un poema, “Estudios venecianos”, escrito en la misma ciudad y fechado el mismo mes. Posiblemente el poeta prefirió éste, escrito en tercetos, con un aire más formal y un tono más serio, en contraste con el desparpajo lleno de frescura informal —poema en “mangas de camisa”— que despliega en la “Balada de Venecia”.

Este desenfado estupendo es uno de los rasgos más personales de la obra de Pellicer. Aparece por vez primera en los inolvidables “Recuerdos de Iza”, escritos en 1919 y se confirma su hallazgo en el “Estudio” sobre Curazao de 1920, donde las imágenes poéticas se construyen de un modo inesperado, de un modo que hace pensar necesariamente en las técnicas cubistas, además de otros recursos que el poeta intuyó y supo traducir al lenguaje de las palabras. (Pensar en Claude Monet *comiendo* cosas azules y eléctricas o en *todos* los incontables personajes de la gran Ronda de Rembrandt (apareciendo por una estrecha callejuela de Curazao, es adelantarse algunos años a las bromas de los surrealistas y más todavía a los reencuentros de Picasso con Velázquez, Manet y el mismo Rembrandt.)

Pero volviendo a la “Balada” hay que aclarar que está dedicada a Domingo Chiazaro Fernández, uno de los dos uruguayos con quien vió

el poeta a su llegada a París en 1926. El otro era don Carlos Quijano, el ilustre periodista que por fortuna para México —y desgracia para el Uruguay— vive actualmente entre nosotros. El poema está lleno de alusiones a lugares de la ciudad: plazas, puentes, iglesias, palacios, monumentos, pintores vénetos y naturalmente —como la ciudad— cruzado por canales. No es raro que el poeta juegue con las imágenes que las ciudades-museo le ofrecen, llegando a veces a muy sutiles complicaciones en las que siempre asoma un fino humor. (“Concierto Breve”, “Oda al Sol de París”, “La hora de David” y tantos otros.) Era el modo de hacer suyo el medio que lo rodeaba y en esta ocasión llegó incluso a invitar al juego a otra lengua, la italiana, que sería finalmente —aparte del español— su idioma más querido el más familiar, el que mejor habló y escribió. (No sólo quiso usar el italiano, sino una frase en dialecto véneto, tan local, que no ha podido traducirla ningún amigo italiano... porque no son vénetos.)

Quiero agregar un comentario todavía. Estoy seguro de que Pellicer no vio este poema en los últimos cuarenta años de su vida. Rara vez hojeaba sus viejos papeles, entre otras cosas porque era necesaria una “excavación” —así decía— para hacerlo. Lo de la excavación era casi literalmente cierto. Este *manuscrito* —como muchos otros— apareció entre montones de polvo, telarañas, baúles desvencijados, fierros viejos y los más disímboles cachivaches que uno pueda imaginar, en el sótano de la casa. Seguramente no lo recordaba. Pero en la biblioteca, la tarjeta postal que estaba cerca de retratos de juventud era la de aquel maravilloso cuadro de Francesco Guardi, en la que sólo se ve, en medio de cielo y laguna azules, un gondolero atravesar el silencio de la tarde.